

quería Pascal, esto es, no pensando en ella como la única alternativa, ni dejando de pensar en ella hundiéndose en la dispersión. La fidelidad a la muerte conduce a la autenticidad de la existencia, a la unidad personal, a la relación necesaria con el ser universal y a un hondo sentido de la convivencia.

El problema del ser forma, pues, la base de la filosofía de Abbagnano; las ideas principales, que acabamos de reseñar, se proyectan luego al examen de todas las implicaciones y conexiones que supone la visión existencialista, en busca de respuesta a los problemas del tiempo, la substancia, la Naturaleza, la Historia, la eternidad y la nada. Particular interés ofrece, pues, la fijación de los puntos de vista de este existencialismo "positivo", que intenta un realizarse valioso del ser del hombre, que supere el concepto de caída y fatalidad del existir. Es precisamente en este sentido que Abbagnano cree haber superado las consideraciones filosóficas habituales. Y, en efecto, ni la concepción objetivista, que pretende reducir la búsqueda del ser a conocimiento, partiendo de los opuestos polares "yo" y "mundo", ni la subjetivista que se apoyó en la inmanencia del ser, universalizándolo y despersonalizándolo hasta privarle de su singularidad y destino y hundirle en el seno de la racionalidad, ninguna de estas dos concepciones puede incorporar la de este existencialismo, verdadera filosofía de la "concreción", de la individualidad traspasada de vida, de singularidad, de existencia verdadera.

FEDERICO GARCÍA RIVAL.

*Antonio Millán Puelles. ONTOLOGÍA DE LA EXISTENCIA HISTÓRICA. Ediciones R Iph, S. A. Madrid. 1955, (2ª edición), 211 páginas.*

La obra que resumimos, enraizada en la vieja y perenne tradición de una filosofía del ser, es una excelente y sistemática visión de conjunto sobre la problemática que afecta a la peculiar existencia de lo histórico.

Tres temas aborda el autor: el ser histórico, su conocer, y el hombre como ser histórico.

Planteada la diferencia entre "fenomenología" de la historia, cuyo objeto es la esencia de lo histórico, y "ontología" de la historia, cuyo fin es mostrar la peculiar existencia de aquél, la permanencia virtual del ser histórico es el eje de la primera parte de este libro.

Para extraña paradoja el ser histórico es 'un no-ser-ya, que, sin embargo, es de algún modo todavía' y es esa "permanencia" lo que define la historicidad entitativa del ser histórico que se resume en cada hecho histórico como "todo" en la medida en que es acumulación de la historia precedente y como "parte" en cuanto que cada hecho es virtualmente recorrido en los presentes ulteriores; de ahí, la noción de unidad, fluidez y continuidad indefinidas de la historia. Además, lo histórico es un ser al que "por naturaleza" conviene realizarse de un modo

cesivo en que lo posterior implica lo anterior de manera esencial y en que por o tanto, no sólo lo anterior es supues o para los efectos de una ordenación externa, sino que lo es porque así lo reclama a su misma naturaleza. Lo que equi ale a decir que en el acontecer histórico lo posterior es posterior según una

exigencia de su contenido esencial y no por una mera vicisitud de su existencia.

En aparente antítesis a lo histórico está lo futuro, definido como "haber de ser", que al perder su necesidad, que no implica la "contingencia" de su ser físico, se hace presente. El acontecer histórico, pues, no lleva a la realidad cualquier posible, sino aquellos que añaden a su mero poder ser una cierta exigencia de ser. Dicho de otra manera: en la estructura propiamente histórica sólo puede ser lo que ha de ser, y lo que ha de ser es el objeto de una determinación de la libertad.

A la luz de esta historicidad formal y centrado en dos problemas fundamentales, en la segunda parte es examinado el conocimiento histórico. ¿Qué es, en general, historia? ¿De qué manera la historia da razón de los hechos?

Lo que hace ser histórico a un pasado es su virtualidad, la que, de algún modo, trasciende hasta un presente. Historiar es, entonces, "medir la virtualidad de un pasado en un presente"; de ahí pues, el carácter necesariamente "concreto" y formalmente "conectivo" de todo conocimiento histórico, que, no sólo debe ser una explicación "de" sino también "por" la historia misma real. De ahí también que, el auténtico sentido de la "síntesis histórica" no sea tanto el de un "resumir" como el de un "reasumir" un cierto conjunto desde una perspectiva determinada.

Ahora bien: la conexión real de los hechos históricos no es simplemente arbitraria ni es puramente necesaria. Los hechos históricos dimanar de una libertad, influida eso sí, por una serie de factores, entre los cuales se encuentra la

propia situación histórica desde la cual se ejerce la decisión libre. La explicación histórica no nos muestra a su objeto como algo explicado y comprendido en la acepción estricta y fuerte de estos vocablos, sino como algo "explicable" y "comprensible".

Preguntémonos ahora, con todo rigor, cuál puede ser el sentido adscribible a la denominación "Razón histórica". Dejamos de lado la explicación kantiana que sólo ve en lo físicomatemático y en lo histórico dos aplicaciones distintas de una misma y única razón, y no consideramos que los principios del entender sean el reflejo de los principios del ser, sólo nos queda concebir la razón histórica como "la facultad de tomar como explicación de las cosas a esa razón objetiva que es la historia misma de ellas".

En la tercera y última parte de este libro, se aborda el problema de la posibilidad de un "sujeto" y de un "fundamento" en la estructura del ser histórico.

Se muestra cómo el dinamismo histórico, so pena de fragmentarse en una pluralidad ahistórica, reclama la existencia de una substancia humana permanente. Pero esta permanencia no paraliza el dinamismo de la historia, ni queda ajena a él; es una permanencia "sui generis", que no consiste en la estricta conservación de una entidad previamente poseída, sino en un cierto enriquecimiento de ella; que hace de la naturaleza histórica algo esencialmente libre: "E L H O M B R E".

Libro que creemos de comprensión fácil, reclama sólo algún sentido filosófico y una lectura atenta y alerta.

JUAN SALINA BASSO.